LOS PEQUEÑOS POEMAS.

EL TREN EXPRESO.

CANTO PRIMERO.

LA NOCHE.

I.

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mio,
ya recobrados la quietud y el seso
volvia de Paris en tren expreso:
y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómodo la noche
muellemente acostado;
al arrancar el tren, subió á mi coche,
seguida de una anciana,
una jóven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II.

Luego, á una voz de mando,
por algun héroe de las artes dada,
empezó el tren á trepidar andando
con un trajin de fiera encadenada.
Al dejar la estacion, lanzó un gemido
la máquina que libre se veía,
y corriendo al principio solapada,
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecia
un leon con melena de centellas.

III.

Cuando miraba atento
aquel tren que corria como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la jóven con dulzura:
—«¿Sois español?» y á su armonioso acento,
tan armonioso y puro, que aun ahora
el recordarlo solo me embelesa,
—«Soy español,» le dije; «¿y vos, señora?»
—«Yo,» dijo, «soy francesa.»
—«Podeis,» la repliqué, «con arrogancia
la hermosura alabar de vuestro suelo,

pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
un país tan hermoso como el cielo.»
—«Verdad que es el país de mis amores
el país del ingenio y de la guerra;
pero en cambio,» me dijo, «es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores;
no os podeis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores.»—
Y despues de halagarnos obsequiosos
del patrio amor el puro sentimiento,
entrambos nos quedamos silenciosos
como heridos de un mismo pensamiento.

IV.

Caminar entre sombras, es lo mismo
que dar vueltas por sendas mal seguras
en el fondo de un pozo del abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
veía allá á lo léjos desde el coche
agitarse sin fin cosas oscuras,
y en torno, cien especies de negruras
tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
que agregan el terror y el desvarío

á todos estos limbos misteriosos!....
¡Las rocas, que parecen esqueletos!....
¡Las nubes con entrañas abrasadas!....
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!....
¡El horror que hace grandes los objetos!....
¡Claridad espectral de la neblina!....
¡Juegos de llama y humo indescribibles!....
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!....
¡Masas informes!.... ¡Límites inciertos!....
¡Montes que se hunden! ¡Arboles que crecen!...
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!....
¡Sombra, humareda, confusion y nieblas!....
¡Acá lo turbio.... allá lo indiscernible!....
Y entre el humo del tren y las tinieblas,
aquí una cosa negra, allí otra horrible....

V.

¡Cosa rara! Entretanto,
al lado de mujer tan seductora
no podia dormir, siendo yo un santo
que duerme, cuando no ama, á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
mas fué inútil empeño:
admiraba á la jóven, y es sabido
que á mí la admiracion me quita el sueño.

Yo estaba inquieto, y ella
sin echar sobre mí mirada alguna,
abrió la ventanilla de su lado,
y como un sér prendado de la luna,
miró al cielo azulado,
preguntó, por hablar, qué hora seria,
y al ver correr cada fugaz estrella
—«¡Ved un alma que pasa!» me decia.

VI.

—«¿Vais muy léjos!» con voz ya conmovida,
le pregunté á mi jóven compañera.
—«¡Muy léjos,» contestó, «voy decidida
á morir á un lugar de la frontera!»
Y se quedó, pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraida,
cual se mira en la noche un sitio oscuro
donde fué una vision desvanecida.
—«¿No os habrá divertido,»
la repliqué galante,
«la ciudad seductora
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?»
—«¿Lo traeis vos?» me dijo con tristeza.
—«Todo en Paris lo hace olvidar, señora,»
le contesté, «la moda y la riqueza.

Yo me vine á Paris desesperado,
por no ver en Madrid á cierta ingrata.»
—«Pues yo vine, exclamó, y hallé casado
á un hombre ingrato á quien amé soltero.»
—«Tengo un rencor, le dije, que me mata.»
—«Yo una pena, me dijo, que me muero.»
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato
pasó una larga historia por su frente.

VII.

Como el tren no corria, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecia que cortaba;
así el lector no extrañará que, tierno,
cuidase de su bien más que del mio,
pues hacia un gran frio, tan gran frío,
que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
con el cuerpo aterido,
—«¡Tengo frío!» me dijo dulcemente
con voz que, más que voz, era un balido,
me acerqué á contemplar su hermosa frente.
Y os juro por el cielo
que, á aquel reflejo de la luz escaso,

la jóven parecia hecha de raso,
de nácar, de jazmin y terciopelo;
y creyendo invadidos por el hielo
aquellos piés tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenia más borlas verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crian,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
la tapé aquellos piés que bien podrian
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII.

¡De la sombra y el fuego al claro-oscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacia el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro
de las sombras las danzas misteriosas!....
¡La jóven, que acostada traslucia
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecia,
un ángel de Rafael ó de Murillo!
¡Sus manos por las venas serpenteadas
que la fiebre abultaba y encendia,
hermosas manos, que á tener cruzadas

por la oracion habitual tendia!....
¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á oscuras,
mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!....
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
la celeste fijeza de una muerta!....
¡Las fajas tenebrosas
del techo, que irradiaba tristemente
aquella luz de cueva submarina;
y esa continua sucesion de cosas,
que así en el corazon como en la mente
acaban por formar una neblina!....
¡Del tren expreso la infernal balumba!....
¡La claridad de cueva que salia
del techo de aquel coche, que tenia
la forma de la tapa de una tumba!....
¡La vision triste y bella
del sublime concierto,
todo aquel horrible desconcierto,
me hacian traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX.

De pronto atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas,
despide la feroz locomotora

un torrente de notas aflautadas,
para anunciar al despuntar la aurora,
una estacion, que en feria convertia
el vulgo con su eterna gritería,
la cual, susurradora y esplendente,
con las luces del gas brillaba enfrente;
y al llegar, un gemido
lanzando prolongado y lastimero,
el tren en la estacion entró seguido
cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO.

EL DIA.

I.

Y continuando la infeliz historia,
que aun vaga, como un sueño, en mi memoria,
veo al fin, á la luz de la alborada
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja de trigo calcinada
por Agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
y una expresion del todo religiosa,
como llevando á cabo algun misterio,
despues de un «¡ay, Dios mio!»
me dijo señalando á un cementerio:
—«¡Los que duermen allí no tienen frío!»

II.

El humo en ondulante movimiento
dividiéndose á un lado y otro lado,

se tiende por el viento
cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
verdura y aridez, calor y frío;
andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío
sucede un horizonte á otro horizonte
y una estacion á otra estacion sucede.

III.

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
á pesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
va, aunque un poco al azar y á la ventura,
muy de prisa el amor á los treinta años.
Y—«¿dónde vais ahora?»—
pregunté á la viajera.
—«Marcho olvidada por mi amor primero,»—
me respondió sincera,
—«á esperar el olvido un año entero.»—
—«Pero ¿y despues? le pregunté, señora.»—
—«Despues, me contestó, ¡lo que Dios quiera!»—

IV.

Y porque así sus penas distraía,
las mias le conté con alegría,
y un cuento amontoné sobre otro cuento,
miéntras ella, abstrayéndose, veía
las gradaciones de color que hacia
la luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
ó, como dicen ellos, en España,
la referí, no sé si con donaire,
cuentos de Homero y de Marí-Castaña.
En mis cuadros risueños,
pintando mucho amor y mucha pena,
como el que tiene la cabeza llena
de heroinas francesas y de ensueños,
habia cada llama
capaz de poner fuego al mundo entero:
y no faltaba nunca un caballero
que por gustar solícito á su dama
la sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
cual si fuese el aliento nuestro idioma,
más bien que con la voz, con las señales,
esta verdad tan grande como un templo
la convertí en axioma:

que para dos que se aman tiernamente,
ella y yo, por ejemplo,
es cosa ya olvidada por sabida
que un árbol, una piedra y una fuente
pueden ser el edén de nuestra vida.

V.

Como en amor es credo
ó artículo de fe que yo proclame,
que en este mundo de pasion y olvido,
ó se oye conjugar el verbo *te amo*,
ó la vida mejor no importa un bledo;
aunque entónces, como hombre arrepentido,
el ver una mujer me daba miedo,
mas bien desesperado que atrevido,
—Y «¿un nuevo amor, la pregunté amoroso,
no os haria olvidar viejos amores?»—
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,
contestó con acento cariñoso:
—«La tierra está cansada de dar flores;
necesito algun año de reposo.»—

VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo;

y en confusion extraña
parecen confundidos tierra y cielo,
una mezcla de sueño y de montaña,
pues cruza de horizonte en horizonte,
por la cumbre y el llano,
ya la cresta granítica de un monte,
ya la elástica turba de un pantano;
ya entrando por el hueco
de algun túnel que horada las montañas,
á cada horrible grito
que lanzando va el tren, responde el eco,
y hace vibrar los muros de granito,
estremeciendo al mundo en sus entrañas:
y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos,
se vuelven hácia atrás, en el instante
que nosotros pasamos;
y, conforme va el tren hácia adelante,
parece que desandan lo que andamos:
y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
en rando movimiento,

los postes del telégrafo, clavados
en fila á los costados del camino;
y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y ceniciento
el humo con la luz un remolino,
no distinguen los ojos deslumbrados
si aquello es sueño, tromba ó torbellino!

VIII.

¡Oh, mil veces bendita
la inmensa fuerza de la mente humana,
que así el ramblizo como el monte allana,
y al mundo echando su nivel, lo mismo
los picos de las rocas decapita,
que levanta la tierra,
formando un terraplen sobre un abismo
que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
no conocidas ántes,
del poderoso anhelo
de los grandes gigantes
que en su ambicion, para escalar el cielo,
un tiempo amontonaron las montañas!

IX.

Corria en tanto el tren con tal premura,
que el monte abandonó por la ládera,
la colina dejó por la llanura,
y la llanura, en fin, por la ribera;
y al descender á un llano,
sitio infeliz de la estacion postrera,
le dije con amor:—«¿Seria en vano
que amaros pretendiera?
¿Seria como un niño que quisiera
alcanzar á la luna con la mano?»—
Y contestó con lívido semblante:
—«No sé lo que seré más adelante,
cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Qué más quereis, me preguntó, que os diga?»—
Y, bajando al anden, de angustia llena,
con prudencia fingió que distraía
su inconsolable pena,
con la gente que entraba y que salia;
pues la estacion del pueblo parecia
la loca dispersion de una colmena.

X.

Y, con dolor profundo,
mirando á la faz, desencajada,
cual mira á su doctor un moribundo,
siguió: —«Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dió con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
ó aquí me encontrará dentro de un año,
ó allí....» me dijo, señalando al cielo.
Y enjugando despues con el pañuelo
algo de espuma de color de rosa
que asomaba á sus labios amarillos,
el tren (cual la serpiente que escamosa
queriendo hacer que marcha, y no marchando,
ni marcha ni reposa),
mueve y remueve, ondeando y más ondeando
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
volvimos, saludando, la cabeza,
la máquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hácia sí pieza tras pieza,
vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

EL CREPUSCULO.

I.

Cuando un año despues, hora por hora,
hácia Francia volvia,
echando alegre sobre el cuerpo mio
mi manta de alamares de Zamora,
porque á un tiempo sentia
como el año anterior, dia por dia,
mucho amor, mucho viento y mucho frío;
al minuto final del año entero,
á la cita acudí cual caballero
que va alumbrado por su buena estrella;
mas al llegar á la estacion aquella
que no quiero nombrar, porque no quiero,
una tos de ataúd sonó á mi lado,
que salia del pecho de una anciana
con cara de dolor y negro traje;
me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
y echándome un papel por la ventana,

—«¡Tomad,» me dijo, «y continuad el viaje!»
Y cual si fuese una hechicera vana
que, despues de un conjuro, en la alta noche
quedase entre la sombra confundida,
la mujer, más que vieja, envejecida,
de mi presencia huyó con ligereza
cual sombra entre la luz desvanecida,
al punto en que, llegando, con presteza
echó por la ventana de mi coche
esta carta tan llena de tristeza,
que he leído más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza.

II.

—«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
cuenta os dará de la memoria mia.
Aquel fantasma soy, que, por gustaros,
jugó á estar viva á vuestro lado un dia.
«Cuando lleve esta carta á vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.
«Por no dar fin á la ventura mia,
la escribo larga.... casi interminable....
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!

«Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.

«Me rebelo á morir, pero es preciso....
¡El triste vive, y el dichoso muere!....
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!

«¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas mas íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.

«Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna:
¡juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!

«Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera tambien amado tanto!....

«Mas tal vez allá arriba nos verémos,
despues de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida á la estacion postrera.

«¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el dia,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mia.

«Pues yo desde ella os estaré mirando;
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré, rezando,
que Dios de par en par el cielo os abra.
«¡Nunca olvideis á esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!....
«¡Oh Padre de las almas pecadoras,
conceded el perdon al alma mia!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas,
mas sufrí por más tiempo todavía!
«¡Adios, adios! como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo solo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba, y que me muero!»—

III.

Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera
en un sueño tan breve,
de pronto se quedó, de negro que era,
mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que á un corazon jamás ha destrozado
en la inmensa batalla de la vida,

ahogado de tristeza
á la anciana busqué desesperado;
mas fué esperanza vana,
pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veces la ventana
decidido á tirarme de cabeza.
Cuando por fin sintiéndome agobiado
de mi desdicha al peso,
y encerrado en el coche, maldecia
como si fuese en el infierno preso,
al año de venir, dia por dia,
con mi grande inquietud y poco seso,
sin alma, y como inútil mercancía,
me volvió hasta Paris el tren expreso.

LA NOVIA Y EL NIDO.

CANTO PRIMERO.

EL NIDO.

I.

Ya el mes de Abril á la sazon corria,
y con sus tibias y rosadas manos
la primavera hospitalaria abria
sus puertas á los pájaros lejanos.
Era el mes en que, eternas peregrinas,
despues que el frío del invierno pasa,
todos los años, al tranquilo techo
del cuarto de Isabel, dos golondrinas
van á anidar como en su propia casa.

II.

Isabel, que era un ángel que pasaba
en leer y en rezar horas enteras,
cual si fuese educada en un convento,

al florecer sus quince primaveras
ni una hoja en su noble pensamiento
á su corona virginal faltaba;
y aunque va á ser esposa,
cuando del mal de amor nada recela,
tomando el novio que escogió su abuela,
estaba decidida á ser dichosa;
y ajena á tentaciones y deseos,
con respecto á casados y casadas,
solo sabe haber visto en los paseos
las vides con los olmos enlazadas;
pues era para ella un casamiento
reducir á verdad un sueño hermoso,
ser más querida, realizar un cuento,
y hacer un viaje al Rhin con un esposo.
Así, en ciega ignorancia,
Isabel, tan sencilla como hermosa,
aun pensando de un hombre en ser la esposa,
continuaba en su amor su santa infancia.

III.

Pasan los dias, sin contar las horas
que como sombras huyen,
mirando con afan cómo construyen
su nido aquellas aves charladoras,
que añadiendo canciones á canciones,
entre ansias dulces y amorosos píos,

unen hojas y granzas y vellones
con el glúten y el limo de los rios;
y, cuanto más curiosa,
mirando hacer el nido, se reía,
entreabierta su boca, parecia
una risa en el fondo de una rosa

IV.

—«¿Para qué sirve un nido?» con sorpresa
se pregunta Isabel: cuestion oscura,
que ocurre á la vaquera y la princesa
y que una y otra de inquirir no cesa;
pero que en vano resolver procura
la que el tiempo pasó, casi en clausura,
entre el rezo, las pláticas, la mesa,
la música, el paseo y la lectura.
—«¿Para qué sirve un nido?»— Al ver delante
tan honda oscuridad se confundia,
y, por más que pensaba, no sabia
cómo ella que es tan viva y penetrante,
y lee tantos idiomas de corrido,
y sabe tantas cosas de hortelana,
¡oh ciencia inútil de la vida humana!
no alcanza á comprender lo que es un nido.

V.

Viendo el nido y pensando en su himeneo,
lanza ardiente, á los pájaros que vuelan,
las confusas miradas que revelan
ya inocencia, ya miedo, ya deseo;
pues ya mujer, sin serlo todavía,
ante el hondo misterio de aquel nido,
en sus ojos azules se encendia
poco á poco un fulgor desconocido;
y una vez que presiente algo de cierto,
con singular pudor frunce las cejas,
quedando sus mejillas pudorosas
con mucho más color y más hermosas
que las guindas que cuelga á sus orejas
cuando, alegre, corriendo por el huerto,
coge lirios y caza mariposas.

VI.

Como nunca guardada
se ha podido tener ninguna cosa
detras de unas pupilas trasparentes,
mostrando candorosa
en la ráfaga azul de su mirada,
que brilla entre sonrisas inocentes,
esa inquietud profunda y misteriosa

que causan en las vírgenes los nidos,
Isabel, más que inquieta, consternada,
al ver la turbacion de sus sentidos,
como un niño, que al brillo de una espada,
se tapa con terror ojos y oídos,
se juzga una inocente pecadora,
y se santigua, y reza, y casi llora,
y entra el aire á raudales en su pecho,
y hallando el sueño, pero no el olvido,
se cayó desplomada sobre el lecho
preguntando al dormir «¿qué será un nido?»

CANTO SEGUNDO.

EL AMOR.

I.

Disipada la noche por la aurora,
la agitada Isabel desde su lecho
que un sol de Mayo dora,
descorriendo las finas
colgaduras de encaje de Malinas,
busca otra vez el nido y mira al techo,
como accediendo al familiar reclamo
de aquellas habladoras golondrinas
que nunca acaban de decirse «te amo.»

II.

¿Para qué sirve un nido? He aquí el problema.
La novia al despertar vuelve á su tema;
pues cuando va una niña á ser esposa,
en prueba de inocencia,
es capaz de cortar por lo curiosa

una rama del árbol de la ciencia.
¿Para qué habrán servido
los nidos todos que en el mundo han sido?
Saber lo que es un nido es cosa grave,
pues, segun Isabel, nadie ha sabido,
y lo que es más aún, ninguno sabe,
por qué se junta un ave con otra ave
y juntas con amor hacen un nido.

III.

Temblando de pesar y de contento,
cual la rama agitada por el viento,
de nuevo el nido temblorosa mira;
y aunque nunca manchó su pensamiento
la pureza del aire que respira,
sin darse cuenta de ello, es aquel nido
demonio tentador que habla á su oido;
y dudando, turbada,
si tiene aún su espíritu dormido,
cual se rompen las nubes en el cielo,
de sus dudas sin fin se rompe el velo;
pues en trances de amor, es cosa cierta,
que un nido, un beso, un cuento, una nonada,
en un alma inocente rompe el hielo,
y á un corazon que duerme le despierta.

IV.

¡Sagrada oscuridad! Cómo cruzaban
por su frente las sombras á montones,
viendo el nido; sus ojos titilaban
como el cristal que esparce oscilaciones.
Y dudas van, y pensamientos vienen;
y, haciendo que lo mira distraida,
(habilidad que las mujeres tienen
desde el dia primero de su vida),
acaba por saber que es aquel nido
Eden por el misterio protegido;
y hallando en él impresos
los signos de una boda concertada
por dos séres dichosos,
con malicia entendida y saboreada,
sintiendo arder la sangre hasta en sus huesos,
ve en las aves del nido dos esposos,
y en su canto una música de besos.

V.

Porque en saber se empeña
para qué sirve un nido

que así el amor le enseña,
lanzada en pleno cielo sueña!.... y sueña!...
y aguarda á que el misterio incomprensible
le baje á descifrar, compadecido,
algun viajero azul de lo invisible;
y á una malicia, en risa trasformada,
que en su mirada virginal destella,
se queda avergonzada
como sale, al salir de una enramada,
despues del primer beso una doncella:
y á un brillo entre diabólico y divino,
pensando en el misterio del problema,
tanto mira Isabel, que al fin vislumbra
en yo no sé qué lúgubre penumbra,
que un nido es el misterio del destino,
que es de la vida la explosion suprema:
y ya, como mujer apasionada,
mirando á su pesar en lo invisible,
se perdió vagamente su mirada
en la luz infinita é indefinible:
y como, al fin, la juventud ligera
no sabe, al estudiar, lo que son nidos,
que hay peligro en jugar con los sentidos
en un dia de sol de primavera,
á Isabel, ya febril, le parecia
que alguna mano que en la luz flotaba
el velo misterioso descorria;
era su alma una noche sin aurora;

y en derredor la tierra se le andaba;
nada distinto oía ni veía;
la cabeza se le iba y le zumbaba,
y sentia una sed devoradora;
y comentando, grave y resignada,
el secreto á sí misma sorprendido,
—«¡Se conoce, pensaba, que es forzoso
dar la mano á un esposo;
querer y ser querida;
hacer como los pájaros un nido;
cantar á Dios y bendecir la vida!»—

CANTO TERCERO.

LA NOVIA.

I.

Como el amor primero es tan ardiente
y despierta á las niñas tan temprano,
Isabel se despierta con el dia;
y al apartar de su divina frente
un raudal de cabellos con la mano,
que en un vapor de encajes se perdia,
halla su tez de nieve, nunca hollada,
tan fresca como el agua de verano
en el fondo de un pozo serenada.

II.

De su lecho de pluma
salió Isabel cual Vénus de la espuma;
despues, mirando al techo,
vibró su corazon dentro del pecho
al ver la golondrina que cubria

en forma de abanico á sus hijuelos,
y al padre que en el pico les traía
pan de la tierra y besos de los cielos.
Tan grande amor su corazon inflama;
y en sus ojos, con fuego inusitado,
arde una pura y trasparente llama
al ver en los hijuelos desatado
el nudo misterioso de aquel drama.
Espantada, el misterio comprendiendo,
casi vuelve á gemir y casi reza;
y unas veces rezando, otras gimiendo,
entrando de repente en la tristeza,
ya marchitas sus puras alegrías,
la niña acaba y la mujer empieza;
y más cuando la tímida nidada
de aquel nido asomándose á la entrada,
parece que le dice:—«¡buenos dias!»—
y más aún, cuando á los hijos viendo,
suspirando responde:—«¡ya lo entiendo!»—
y encendido su rostro cual la frente
de una mujer culpable y candorosa,
sobre sus ojos pudorosamente
deja caer sus párpados de rosa.

III.

Como el amor es cosa
que, cual voz de eco en eco repetida,

palpita en la crisálida metida,
y brilla al convertirse en mariposa,
ve Isabel con encanto
que es un nido la copa misteriosa
donde está la embriaguez desconocida;
y así, pasando de capullo á rosa,
tan turbada se ve y enternecida,
que llora, aunque riendo bajo el llanto,
porque hay séres que rien cuando lloran
con la risa comun de los que ignoran
que en llorar y reír se va la vida.

IV.

Y cuando, en aquel dia,
convirtiendo en historia la novela,
al altar de himeneo fué llamada
la gracia de la casa de su abuela,
¡ay! ¡cuál quedó anublada
aquella llama azul de su mirada!
¡Cómo llora y su madre la consuela!
y, ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas,
se mira en los espejos á hurtadillas,
y en ellos viendo de su boda el traje
se rie con la risa de la aurora,
y abisma su mirada en resplandores,
mostrando pensativa y seductora
sus dientes y sus labios, maridaje
de las perlas casadas con las flores!

V.

Y va y viene Isabel, y baja y sube,
agitándose aérea y diligente
con una vaga ondulacion de nube;
y aunque era á su belleza indiferente,
con natural gracejo
hoy aprende delante del espejo
á conocer lo hermoso de su frente;
y ora se juzga amada y ora amante,
y haciendo con el traje un ruido de alas,
circula como un duende por delante
de los grandes espejos de las salas;
y al verse retratada la doncella
lleva por sí la admiracion tan léjos,
que, á fuerza de mirarse en los espejos,
pierde la gracia de ignorar que es bella.

VI.

Al volver de jazmines coronada,
como una campesina desposada,
sintiendo accesos de calor y frío,
tiembla el alma en su boca seductora,
como tiembla á los rayos de la aurora
sobre una flor la gota de rocío.

Los ojos, Isabel desconcertada,
tanto abre para ver, que no ve nada:
la estatua del asombro parecia,
y no pudiendo respirar apénas,
un no sé qué de eléctrico en sus venas
en generosa transfusion corria.
Aunque casi educada en un convento,
ya sentia en su noble pensamiento
algo más que ilusion y confianza,
ignorancia y candor, fe y esperanza,
pues al mirarse de su alcoba enfrente,
del abismo de amor dulce pendiente,
la sangre que á su rostro se arrebata
la pone del color de la escarlata....
Mas ¡oh Dios del pudor! no tengais miedo
que aquel resúmen de la vida toda
con su deliquio y sus misterios cuente....
Yo quisiera contarlo, mas no puedo,
porque sé que á la puerta donde hay boda,
—«¡Silencio!»—un ángel dice, y sonriente
pone despues sobre la boca un dedo.

DULCES CADENAS.

CANTO PRIMERO.

I.

Jóven, bella, adorada y poderosa,
tan rubia como el sol del medio dia,
y tan fresca además como una rosa,
Jacinta, cuidadosa,
hasta el dichoso dia
en que va á ser una feliz esposa,
en un cuarto atestado de primores,
y en una jaula de oro envuelta en flores,
cierto canario hospeda,
cuya pluma remeda
casi, casi, del íris los colores,
y un poco los reflejos de la seda.

II.

En un dia de Marzo, húmedo y frío,
al pasar del antiguo al nuevo estado,
Jacinta, esclavizando su albedrío,
prefiriendo al ajeno su cuidado,

y el gozo celebrando de aquel dia,
suelta con alegría
al canario que cuida con cariño,
y con el cual, como si fuera un niño,
en inocente intimidad vivia.
Saca al esclavo de la jaula de oro,
lo acaricia llorando y sonriendo,
se acerca á la ventana, y luego abriendo
la mano, con la cual se enjuga el lloro,
viendo al ave feliz que va siguiendo
del aire el insondable itinerario,
como acerada espina
un dardo de pesar extraordinario
su corazon traspasa,
pues siempre es un canario,
despues de la sociable golondrina,
el ave favorita de una casa.

III.

Libre, alegre, inconstante, casi loco,
comó bebiendo luz, emprende el vuelo
el pájaro que invade poco á poco
la inaccesible soledad del cielo.
Por no verle partir, Jacinta cierra
sus ojos de insondables horizontes,
y en posesion le pone de la tierra
con sus mares, sus valles y sus montes.

Entregado al calor, y expuesto al frío,
el pájaro, que siendo prisionero
preferia su jaula al mundo entero,
fué puesto en posesion de su albedrío
como el manso arrastrado al matadero.
Y volando, volando,
se alejaba y volvia,
y de su inútil libertad gozando,
—«¿adónde voy?» parece que decia.
Y Jacinta llorando,
y llena al mismo tiempo de alegría,
al pájaro dejando,
para volar tambien tras del esposo,
mandándole un adios muy cariñoso
al ver que una tras otra recorria
las colinas cubiertas de viñedos,
con expresiones de cariño extremas,
tocándose los labios con las yemas,
le envió un beso en las puntas de los dedos.

IV.

Como dijimos ántes,
era en Marzo, la aurora del estío,
y en uno de esos dias inconstantes
en que alterna el bochorno con el frío,
con santa devocion, casi á la orilla
del Manzanares, su paterno río,

para unir á Jacinta en casto nudo
con el hombre más noble de la villa,
como si fuera un celestial saludo
por su madre escuchado y por su abuela,
en torno del altar de la capilla
el himno sube y el incienso vuela.
Y Jacinta, entretanto,
cuya gracia inocente
se convertia en pensativo encanto
y en la expresion de amor más hechicera,
hácia el altar avanza
con la alegre esperanza
y la planta ligera
de quien lleva, al andar, sobre su frente,
el cántaro inmortal de la lechera!

V.

Así aquel ángel que á mujer subia,
la virgen que iba á convertirse en diosa,
con el tierno candor que en Dios confia,
camina, á fuerza de ventura, hermosa,
como una niña grande, honrada y pura
que sueña en ser feliz, pues no sabia
que, cual la flor del cactus, la ventura
esperada cien años dura un dia.

CANTO SEGUNDO.

—

I.

El canario despues, desorientado,
explorando horizontes y horizontes,
volvió al fin por los valles y los montes
como si fuese un pájaro escapado;
hasta que ya rendido,
de su fuerza en volar ménos seguro,
con el miedo que dá lo indefinido
halló en la claridad algo de oscuro.
Sintiendo luego el malestar incierto
que se llama el mareo del desierto,
y despues que el canario
recorrió el horizonte ebrio de gozo,
le parecia, al verse solitario,
el universo entero un calabozo.
Y conforme caía
dentro del mar el dia,
y se aumentaba con la sombra el frío,
solo vió estupefacta su mirada
la tenebrosa estancia del vacío,
y aquel horror que dice: «¡aquí no hay nada!...»

II.

Cuando todo en la sombra era indistinto,
sintió una sensacion vertiginosa;
despues con el instinto
natural en un ave cariñosa,
esperando, inocente,
que la prision su dueña le abriria,
y en trance tan cruel le ampararia,
á su casa volvió, cuando inclemente
ya sus alas el frío entumecia;
y volando despues difícilmente,
como ni huir ni guarecerse sabe,
de las tinieblas á la luz escasa,
alrededor girando de la casa,
más parece un espíritu que un ave.

III.

Como no hay duda que era
una noche muy buena, por lo fría,
para asar en alegre compañía
castañas al rescoldo de una hoguera,
de miedo ya á las olas mugidoras
de una espantosa tempestad cercana,
y al fastidio y horror de aquellas horas,
se lanzó de su dueña á la ventana

guarnecida de plantas trepadoras.
Mas ¡ay! que ya casada y siempre pura,
pensando con vergüenza en su ventura,
Jacinta, con espanto verdadero,
hallando todo ruido inoportuno,
todo rayo de luz cosa liviana,
la ventana cerró con tanto esmero
que no dejó á la luz resquicio alguno,
pues en noche de boda una ventana
es la nube de sombra con que Homero
cubrió á veces á Júpiter y á Juno.

IV.

Cuando el pájaro hastiado
de aquella inútil libertad del cielo,
á su prision volvia, enamorado,
ya habia el polo norte desatado
un recio temporal de escarcha y hielo.
Cada vez más corrientes,
y cada vez más fríos,
los arroyos de viento se hacen ríos,
y los ríos despues se hacen torrentes.
Directa y reflejada,
y despues toda unida,
contra aquella ventana tan cerrada,
lloviendo más, sobre la ya llovida,
chisporrotea el agua ametrallada.

Cuando están á su dueña regalando
realidades tan dulces como sueños,
quejándose el canario, está piando
como pian los pájaros pequeños.
Miéntras dentro, amorosa,
ve en verdad convertida su quimera
en éxtasis profundo,
por la parte de afuera
piar á media voz oye la esposa
á un sér que no parece de este mundo.
Matándolo á golpazos
la nieve sobre el pájaro se apiña,
y miéntras él se queja y dá aletazos,
Jancinta de su esposo entre los brazos
le habla con voz del tiempo en què era niña.
Y así el pobre canario,
sirviéndole la nieve de sudario,
de la ventana contra el duro suelo
lo sueldan vivo, el hielo
y la escarcha y la nieve endurecida.
¡Es un horror para el azul del cielo
que haya tantos dolores en la vida!

CANTO TERCERO.

—

I.

Ya estaba el sol muy alto, y aun dormia,
y tras de un sueño largo y retardado,
sin más cuidado ya que aquel cuidado,
como sin duda eternizar queria
la inocente ilusion de su deseo,
Jacinta, placentera,
estando el sol á la mitad del dia,
cual Julieta á Romeo
le decia á su esposo: —«Espera, espera,
que no llega la aurora todavía!»—

II.

La heroina feliz de nuestra historia,
miró al fin por la luz desvanecida
esa noche que deja en la memoria
el recuerdo más grande de la vida.
De su lecho nupcial se alza ligera;

y con un aire entre terrestre y santo,
muestra en su cara el religioso espanto
de la casada de hoy y ayer soltera.
Se echó con un pudor algo tardío
un traje negligente de mañana;
corrió á abrir las vidrieras, y ¡ay, Dios mio!
al canario encontró muerto de frío,
metido en el rincon de la ventana.
¿Verdad, lector amado,
que el querer ser feliz casi es locura?
Jacinta olvida en su reciente estado,
todo antiguo cuidado:
celebrando su amor y su ventura,
á soltar su canario se apresura,
y se le muere helado:
pasa además un dia y otro dia,
y un rosal que tenia
se le seca olvidado.
¡Pobre Jacinta mia!
¡Por el ingrato amor que tanto quiere,
cuanto ama, en causa de dolor se trueca:
tiene un ave que suelta, y se le muere;
tiene un rosal que olvida, y se le seca!

III.

Traspasada de pena,
viendo muerto por ella á un inocente,
piensa Jacinta, de ternura llena,

que es un tirano *Amor*, que dulcemente
ata al pié del esclavo la cadena.
Y así al pájaro muerto le decia,
con acento el más tierno y doloroso,
y aunque el pájaro muerto nada oía,
la esposa bien sabia
que lo oía á su lado el tierno esposo:
—«Buscar en el amor ventura y calma,
solo es variar de penas:
el querer libertad para nuestra alma,
es cambiar solamente de cadenas.
Como al pájaro, al hombre le es preciso
esclavizar con libertad su llama,
porque ser el esclavo de quien se ama
es tener por prision el paraíso.»—

IV

Hablando de esta suerte,
profundamente tierna y conmovida,
besó al pájaro muerto enternecida;
y despues de pensar cómo la muerte
en lo mejor nos llega de la vida,
fué á darle con ternura
al pié de un limonero sepultura,
y esto grabó con la mayor tristeza
del árbol siempre verde en la corteza:
«Murió un pájaro aquí de pesadumbre,

porque alejado de su dueña un dia
rotas ya sus cadenas, no comia
el pan de la dichosa servidumbre.»
Y cuando esto escribia,
besándolo al grabarlo, tiernamente,
es la pura verdad que ella gemia:
aunque es verdad tambien que al mes siguiente
ya este recuerdo era una cosa fría.

CANTO CUARTO.

I.

Seis meses, y algo ménos, van pasados,
y ya Jacinta abandonada prueba
el rigor de los hados;
ya de sus ojos á su boca lleva
dos surcos por las lágrimas trazados;
pues el dejar de amarse dos casados
es una historia vieja, siempre nueva.

II.

Pasan las ilusiones,
y más las ilusiones amorosas,
y en esa confusion de confusiones
en que parecen ya todas las cosas
una grande humareda de visiones,
la buena de Jacinta que creia

que si no amase, el sol se apagaria,
que tuvo en este valle de amarguras
la suerte natural de las mujeres,
(rebaño de apacibles criaturas
que llenando la tierra de placeres
recogen á su paso desventuras)
tan noble y religiosa como bella,
en su inmenso dolor se vuelve al cielo,
porque, un poco olvidada, empieza en ella
de la ilusion el lúgubre deshielo;
mas, reina superior á su caída,
haciendo frente á las pasiones malas,
en su honradez se siente sostenida,
cual se sostiene el águila en sus alas.

III.

Y aunque el amor ahora,
es, como antiguamente,
un duelo en que hay traidor precisamente,
y alguna vez tambien en que hay traidora,
Jacinta, siempre fiel, escribe y llora,
y á veces, por variar, llora y escribe;
y aquella antigua rosa, hecha azucena,
se muere de dolor, porque no vive
atada al eslabon de su cadena;
solitaria las lágrimas que vierte,

del fondo de aquel mar perlas preciosas,
las vierte silenciosas
para que nadie entienda
cuál es la causa de su triste suerte,
porque es de esas mujeres valerosas
que del deber por la terrible senda
van al través del fuego y de la muerte.

IV.

Desde el funesto dia
en que ya de su amor perdió el encanto,
si alguna vez reía,
su risa, más que risa, parecia
la amarga contraccion próxima al llanto;
y siempre enamorada,
cual estarlo pudiese esposa alguna
por su esposo olvidada,
de su pena y su amor arrebatada
ya escribia canciones á la luna.
Sin rosal, sin canario y sin amores,
su propia historia convirtiendo en cuento,
templaba sus dolores
volviendo á oir cantar los ruiseñores,
gemir la fuente y suspirar el viento;
y hermosa, rica, perspicaz, honrada,
sola, triste, benévola, estudiosa,

poetisa, mujer y abandonada,
tanto y tan bien lloraba y escribia,
que de su amor y su dolor retumba
el eco todavía
en esta corta y lúgubre elegía
que se halló en sus memorias de ultratumba.

V.

—«¿A un canario infeliz porque era mio,
la inútil libertad le dí insensata,
y á buscarme volvió, pero yo ingrata
cerré el postigo, y se murió de frío.
El esclavo que es fiel nos causa hastío,
y amamos al tirano que nos mata:
siempre es y fué la libertad más grata
tener presa en otra alma el albedrío.
Libre correr, para humillar la frente
cambiando de cadena, hé aquí el calvario
de todo libre sér que vive y siente.
El hombre, prisionero voluntario,
dará su libertad eternamente
por vivir en prision como el canario.

LOS GRANDES PROBLEMAS.

CANTO PRIMERO.

EL IDILIO.

I.

El cura del Pilar de la Oradada
como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay más grandeza
que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
lleva paz de alquería en alquería;
y siendo indiferente
á la necia ambicion de los honores,
se ocupa de los grandes solamente
bajo el punto de vista de las flores.
Sin fámulo, y vestido de sotana,
cuida una higuera y toca la campana.

Su alzacuello es de seda desteñida,
pardas las médias de algodon que lleva;
y en todo el magisterio de su vida
solo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias, cuando reza, á un Dios tan bueno,
que cria los rosales y el centeno,
y llama sus orgías á las cenas
en que prueba la miel de las colmenas.
Aunque él está de su pudor seguro,
ve á una mujer, y como pueda, escapa,
dispuesto desde jóven, por ser puro,
á hacer el sacrificio de una capa.
Reparte á las chiquillas
las almendras que lleva en los bolsillos,
y les da un golpecito en las mejillas
más dulce que una almendra á los chiquillos.
Da á los pobres los higos de su higuera
que nació, sin plantarla, en donde quiera;
y si al vérselos dar uno por uno
—«¿Qué guardas para tí?»—le dice alguno,
responde, puesta en Dios su confianza,
como Alejandro el Grande:—«¡La esperanza!»—
Así con tanto amor y pudor tanto
el cura del Pilar de la Oradada,
es, segun viene la ocasion rodada,
ya eremita, ya cuákero, ya santo.

II.

Está el pueblo fundado sobre un llano
más grande que la palma de la mano,
y á falta de vecinos y vecinas
circulan por las calles las gallinas.
Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío
otro ninguno iguala;
de agua muy buena, si tuviese río,
de agua de pozo, á la verdad, muy mala.
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;
que tiene ante la iglesia una plazuela,
iglesia que es más grande que la escuela,
y escuela que es más chica que un granero.

III.

En este pueblo, en fin, y ante este cura,
que no puede beber más que agua pura,
la divina Teodora,
de rodillas postrada ante el anciano,
con un ramo de flores en la mano,
ramo cogido al despuntar la aurora,
mostrando al sonreirse, nacaradas,

en dos filas iguales,
todas sus perlas justas y cabales
en un coral prendidas y engarzadas;
inventando aquel dia,
por no haberlos sufrido todavía,
mucho dolor y muchos desengaños,
ántes de hacer su comunion primera,
confesándose está, como si fuera
una gran pecadora á los diez años.

IV.

Teodora, que es mujer desde la cuna,
cual todas las mujeres,
despierta ya, y durmiendo todavía,
á la luz misteriosa de una luna
que hace en su alma de sol de medio dia,
mira una inmensa flotacion de séres,
sueños de sombra y sombras de unos sueños
opacos una vez y otras risueños.
Gracia infantil y gracia adolescente,
de niña y de mujer confusos lados,
ya ve en el porvenir desde el presente
la luz de dos crepúsculos mezclados.
Sumida en nieblas de color de rosa,
compuestas de verdad y de otra cosa,
mira desvanecida,

llegar la realidad confusamente,
y á los diez años, como todas, siente
su inmersion en las brumas de la vida.

V.

Mirando al confesor con inocencia,
cual si fuesen sus ojos unas puntas
que hundiese del anciano en la conciencia,
fué haciéndole la niña unas preguntas,
como ésta, por ejemplo,
capaz de hacer estremecer al templo:
—«¿Vos sabeis lo que es malo, señor cura?»—
—«Yo, de todo, hija mia, estoy al cabo,»—
respondió el sacerdote con premura;
lo cual no era verdad, más lo creía
porque el breviario con afan leía
á la luz de un candil colgado á un clavo.

VI.

Y del amor ya viendo lontananzas,
con sus ojos tan llenos de esperanzas,
en su candor intrépido del todo
sigue ella preguntando de este modo:
—«El dejarse besar, ¿es malo ó bueno?»—
De confusion y de sorpresa lleno,
se turbó el cura, como el hombre que ántes

de haber cazado un pájaro, lo vende,
y sin poder cumplir lo prometido,
se queda, al fin, como el lector comprende,
el cazador corrido,
el comprador burlado,
y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada,
buscando la respuesta en las estrellas;
mas como nada le dijeron ellas,
el cura del Pilar no dijo nada.

VII.

Con misterio despues ella se inclina
hácia el cura que la oye fascinado,
y prosigue:—«Me ha dicho mi madrina,
que el que bese á mi primo es un pecado;
y mi primo ha jurado,
que él me habrá de besar, pése á quien pése,
pues cree que á mí me gusta que me bese:
mas como oigo decir que se propasa,
escapándome de él, toda la casa
ayer y ántes de ayer y todo el año
corrí desde la cueva hasta el granero:
siempre quiere él, señor, yo nunca quiero;
miradme bien, veréis que no os engaño.»—
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes
para enseñarle el alma á aquel levita,

echa al cura una ojeada inoportuna
aquella vírgen; pero vírgen de ántes
que en la primer visita
el ángel le anunciase cosa alguna;
y le dejó corrido y colocado
del rubor en la cúspide suprema,
de un modo tal, que dijo colorado:
—«¡Primera confesion, primer problema!»—

VIII.

—«Acúsome, la niña proseguia,
que soy inobediente y perezosa.
Acúsome, además, que el otro dia,
con tristeza soñé que no era hermosa.
Me gusta más correr que ir á la escuela.
Solo en la misa me entretiene el canto;
y escucho con más gusto una novela
que el trozo de la vida de algun santo.
Prometo, obedeciendo á mi madrina,
huir, si puedo, de él; pero os prevengo
que al mirar á mi primo, siempre tengo
la voluntad de parecer divina.»—
Al ver salir el cura, atropellados,
con risa de bondad mal reprimida,
tan enormes pecados
de aquellos labios de carmin, untados
con la leche primera de la vida,

dice á la niña, de indulgencia lleno,
con singular ternura:
—«No diré que eso es malo, mas no es bueno.
Más cordura, hija mia, más cordura.
Bien; adelante: vamos; adelante.»—
Y por no hablar más claro, el pobre cura
jugaba con enigmas al volante;
y no queriendo darle con prudencia
la más leve lección de adolescencia,
muy peligrosa en almas inocentes,
solo despues de estas ligeras riñas,
se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:
—«Son el diablo estos ángeles de niñas.»—

IX.

Y como todo viejo, y más si es cura
de todo niño es natural abuelo,
con más amor que religioso celo,
le dijo á aquella hermosa criatura:
—«Ten calma, estudia, y á tu madre imita,
y entrarás sin rodeos en la gloria:
reza una salve, toma agua bendita,
y cómete esta almendra en mi memoria.»—
Y despues que la niña se confiesa,
la mano al señor cura
en la actitud de un oficiante besa;
se levanta gentil, con la soltura

del sér á quien la vida aun no le pesa,
y ante el altar, con adorable gracia,
entre un corro de gente pecadora,
se arrodilló Teodora
más grave que un alumno en diplomacia.

X.

Despues supo el obispo de Orihuela,
por cierta confesion de cierta abuela,
de puro religiosa condenada,
que, faltando á los cánones sagrados,
castiga con almendras los pecados
el cura del Pilar de la Oradada.

CANTO SEGUNDO

—

LA EGLOGA.

I.

Fué creciendo, creciendo,
y pasaron diez años; y Teodora
cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
lo iba ganando en gracia pensadora.
La antigua pecadora,
que veinte años cuenta hoy exactamente,
tiene pupilas de horizontes llenas;
voluptuoso reír en casta frente;
y deja ver su cútis trasparente
cómo corre la sangre por sus venas.
Con gusto encantador por lo sencillo,
con flores todo el año en sus cabellos,
arrollándolos bien, forma con ellos
detrás de la cabeza un canastillo.

II.

—«Decidme, mi querido señor cura,
decia confesándose Teodora:

«¿No es una gran locura
que esté tan decidida
á que me case ahora
la pobre madre á quien debí la vida?
¿No es un gran desatino
casar con otro á quien tan solo piensa
en.... ya sabeis, mi primo, aquel marino
que tiene el alma como el mar inmensa?»
Miéntras la escucha atento,
—«Es muy comun,» el cura se decia,
entre burlas y veras,
«que todas las muchachas costaneras
dediquen de un marino al pensamiento
veinticuatro horas largas cada dia.»

III.

«Mi primo.... ya sabeis,» siguió Teodora,
«que vive hoy una vida de pesares
en Lóndres, un lugar donde está ahora,
más allá de los montes y los mares.
Las playas saben mi constante anhelo,
pues sin poderlo remediar, suspiro
cuando se nubla el horizonte y miro
por el lado del mar cerrarse el cielo.
Mi primo es aquel primo, á quien un dia
os confesé que alegre me besaba;
le amé niña, mas yo no lo sabia;

ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.
Como siempre, fantástico el deseo
me arrastra á orillas de la mar; yo á solas
que me habla de él y su venida, creo,
el monólogo eterno de las olas.
Siempre aguardo del cielo lo imprevisto;
siempre estoy esperando,
y hasta las aves de la mar, pasando,
parece que me dicen: «¡le hemos visto!»

IV.

—«Mas sepamos primero,»
dijo el cura prudente y reservado:
«de amaros y volver, ¿él os ha dado
su palabra de honor, de caballero?»
—«Me juró que me amaba y volveria,»
fué diciendo Teodora,
«cuando el sol por la tarde se ponia,
y al despuntar la aurora,
y alguna vez tambien al medio dia;
y alguna, y más que alguna,
por la noche á los rayos de la luna.
Y, perdonad, decir se me ha olvidado,
que en Mayo y en Abril me lo ha jurado
por todos sus jazmines y azucenas;
por los árboles todos, en estío;

por todos sus cristales, junto al río;
cerca del mar, por todas sus arenas.»

V.

Miéntras Teodora hablando proseguia,
como era á fuerza de candor, profundo,
el cura por lo bajo repetia:
—«¡Cómo trae el amor revuelto al mundo!»
—«Mi madre quiere que á la fuerza quiera
á un hombre muy de bien, sin gracia alguna,
como es el que me espera
para darme su mano y su fortuna.
El verlo nada más me dá tristeza:
él es bueno, es verdad, si no es hermoso;
tiene favor, honores y riqueza,
talento, juventud y un nombre honroso....
Mas ¡si viérais al otro, señor cura,
con gorra de oro y sable á la cintura!....
¡Cuanto mira al pasar de luz se baña!....
miéntras éste de aquí, que va á ser mio,
tiene una gracia sepulcral y extraña:
donde quiera que entra él, siento yo frío.»
—«Pues, señor, se conoce,» piensa el cura,
«que en la misma inocencia,
para agotar de un cura la paciencia,
trasformado en hermosa criatura,
coloca Satanás su residencia.»

VI.

Y ella siguió: —«Vuestro favor imploro;
prestadme ayuda en tan difícil paso:
de uno me rio, y por el otro lloro;
éste me hiela, y por aquel me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro:
¿qué hago, señor, me caso ó no me caso?»
Mirando á un Cristo viejo,
por ver si le inspiraba algun consejo,
el cura se callaba;
y del candor en la embriaguez suprema,
al ver que el Cristo nada le inspiraba,
por lo bajo entre dientes murmuraba:
—«¡Segunda confesion: otro problema!»
Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable.
El viejo, que era un niño venerable,
no cayó en que Teodora
buscaba, tan sutil como traidora,
en la doblez de sus astutos planes,
el apoyo moral del cristianismo:
maniobra de los grandes capitanes
que ponen de su parte el fanatismo.

VII.

Luego los dos á un tiempo se preguntan,
y para herirse al corazon se apuntan;
y cruzan de uno al otro, bien dispuestas,
como un choque de espadas, las respuestas:
—«Me muero, si me caso, os lo confieso.»
—«Ilusion nada mas de los sentidos.»
—«Hay voces que en el aire me hablan de eso.»
—«Eso será que os zumban los oídos.»
—«Bien, lucharé; pero seré vencida.»
—«No volverá tal vez.» —«¿Y si volviera?»
—«Ese hombre os ha hechizado; estais perdida!»
—«Así tendrá que ser como él lo quiera.»
—«Tras vana agitacion tendréis reposo;
yo rezaré por vos, seréis dichosa:
¡dichoso aquel que os tenga por esposa!»
—«Y yo ¿seré feliz como él dichoso?»
—«¿De qué sirve creer en lo increible?»
—«Más sabe el corazon que la cabeza.»
—«¿Qué podrá suceder?» —«¡Todo es posible;
yo amo con fe y espero con firmeza!»—
Al verla discutir tan bien y tanto,
siente un temblor de espanto,
cual si tuviese frío,
al comprender el santo

que aquel tipo cabal de las mujeres
era el más bello; y ¿lo diré, Dios mio?
el más inobediente de los séres.

VIII.

Teodora ardiente y viva,
filósofa sutil y positiva,
que no pasó, cual yo, velada alguna
en cuestiones ociosas,
buscando la razon de muchas cosas
que no tienen jamás razon ninguna,
añadió, de su plan desesperada,
disparando al huir á sangre y fuego,
y haciendo una brillante retirada
mejor que en Asia Jenofonte el griego:
—«Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
y no queriendo á este hombre, os lo prevengo;
como soy tan fantástica, no tengo
la condicion de una excelente esposa:
mas lo mandan mis padres, y adelante;
yo quiero á toda costa ser honrada;
mas no sé si vivaz y enamorada,
podré ser buena esposa y buena amante....»
Hablaba así Teodora, y de repente
callando unos momentos,
con un silencio diestro y elocuente
una pausa llenó de pensamientos.

Reticencia tan vil y calculada
al pobre cura de terror inmuta....
ante el saber de una mujer astuta,
Ciceron y Pascal no saben nada.
Y es que desde Eva, madre de Teodora,
la raza no mejora.
Porque no oye solícito sus quejas,
anuncia astuta males sobre males:
yo recuerdo muy bien que eran iguales
las jóvenes de antaño que hoy son viejas.
Y así serán y han sido
las que están por nacer ó ya han nacido,
lo mismo en todo el orbe que en España;
las madres miserables y opulentas,
las hijas titulares y harapientas,
las abuelas del trono y la cabaña.

IX.

—«¡Qué locura, Dios mio, qué locura!
¿no veis que rara vez,» le dice el cura,
«la vida nos enseña
que esos sueños de niña muy pequeña
los pueda realizar la edad madura?
Moderad el ardor de los sentidos....
Teodora, andad despacio,
porque siempre nos ven, desconocidos,
dos ojos desde el fondo del espacio!»—

Ayudando á llevarla á su destino,
cual se lleva una oveja al matadero,
pensó el cura ponerla en el camino
de lo bueno, lo justo y verdadero;
y despues que ella vió desvanecida
la poética imágen de su vida,
puestas en cruz las manos y llorosa,
recibió, con la frente prosternada,
la bendicion del cura, arrodillada:
besó su mano en actitud piadosa
con la fe de una santa resignada,
y se marchó, si no más consolada,
ménos triste tal vez, y siempre hermosa.

CANTO TERCERO.

—

LA TRAGEDIA.

I.

Porque triste, muy triste, se moria
llena de desengaños,
el cura del Pilar, en cierto dia,
en su postrera confesion oía
á una jóven anciana, de treinta años.
—«¡Ha venido!» decia
la vieja, que era jóven todavía,
«aquel hombre á quien amo con locura,
y debo confesaros, en conciencia,
que tengo desde entónces, señor cura,
necesidad de sueños de inocencia.»
—«¿Y es pura todavía vuestra llama?»
pregunta el cura á la doliente esposa.
—«La cama de mi madre es esta cama,»
le respondió: «pues por mi madre os juro
que soy materialmente virtuosa;
solo el alma es culpable, el cuerpo es puro.»

II.

—«¡Pues valor!» dijo el cura,
á fuerza de candor siempre profundo,
«que la mayor tribulacion del mundo
la guarda Dios para la edad madura!»
—«¡Valor! ¡valor!» la enferma respondia;
«¡lucharé hasta morir! mas ¡cosa extraña!
resistir á su encanto no podria,
¡yo que siento en mí misma una energía
capaz de levantar una montaña!»
—«Luchemos, hija mia,»
el cura repetia,
de Dios y de su fe siempre seguro,
«no hay grito de dolor que en lo futuro
no tenga al fin por eco una alegría!»
Y luego añade, de la Biblia lleno,
satisfecho de Dios y de sí mismo:
—«Siempre entre el ángel malo y entre el bueno
hay luchas en el puente del abismo!»

III.

En querer consolar las grandes penas
de una mujer tan firme y tan amante,
era aquel pobre confesor un ciego,
sabiendo que corria por sus venas

la sangre de las viñas de Alicante
que crian una sávia como el fuego.
El cura no sabia
que el no amar es muy bueno, pero es frío;
y por eso á Teodora le decia,
derramando en sus llagas el rocío
de una piedad sincera:
—«Van á cumplir veinte años
que, ajena de pasiones y de engaños,
vuestra sagrada comunion primera
fué por vos de mis manos recibida:
¡sed digna del honor de vuestra historia!
¡reanimad el valor con la memoria
de los años primeros de la vida!»
—«¡Quince años hace escasos,»
Teodora murmuró, «que el dulce ruido
que levantaron al marchar sus pasos
quedó como una música en mi oído!
Y hace veinte (añadió con torvo ceño,
mirando al cielo en ademan de queja)
que es él de mi alma y mis sentidos dueño:
¡veinte años, que pasaron como un sueño!....
¡Teneis razon; no me creí tan vieja!
Mas no hay medio: ó vencer ó ser vencida;
ó perder la virtud ó dar la vida.»
Dice así, y tiembla la infeliz esposa
cuando la causa de su mal confiesa,
como suele temblar la mariposa

que siente el alfiler que la atraviesa;
y el pobre confesor, que no sabia
que si es bueno no amar, es cosa fría,
cual sintiendo en la piel la ardiente huella
de un diablo que abrasándole le toca,
mira á la enferma con pavor, y en ella
halla una especie de perfil de loca.
Y agarrándole bien con la mirada,
«No soy loca, es que estoy enamorada,»
siguió la esposa, «y lo que quiero, quiero;
vuestra piedad, no vuestra fe, reclamo:
si le amo, vivo; si no le amo, muero:
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?»
Aguzando el oído,
y azorado de miedo como un gamo
que oye en el bosque de repente un ruido,
el cura sorprendido
dice, cayendo en postracion extrema:
«¡Tercera confesion, tercer problema!....»
Dudando en su fatal desconfianza
qué haria y qué diria,
por no romper el hilo todavía
que enlaza la mujer á la esperanza,
el cura del Pilar, quedando inerte,
sangre, en vez de agua, el desdichado suda;
pues á sí mismo con dolor se advierte
que es, en los actos del deber, la duda,
una pregunta vil que hace la muerte.

IV.

Ahogada en la emocion de su ternura
en un áspero y recio resoplido,
añadió en el dintel de la locura:
—«¡O viva en el del otro, señor cura,
ó muerta en el hogar de mi marido!
¿Puede un corazon tierno
sufrir eternamente esta cadena?
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena;
ó eso tambien es un problema eterno?»—
Oyendo esta herejía,
creyó el cura que en ella traslucia
la cara de Luzbel oliendo á infierno;
y siendo encantadora,
y aunque era un ángel de piedad Teodora,
y el cura lo sabia,
como todo hombre bueno, algo indeciso,
oyéndola decir lo que decia,
le pareció que á Satanás veía
bañado con la luz del paraíso.

V.

Y al cura, que azorado la veía,
y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,

despues le repetia,
aceptando, Teodora, resignada
la paciencia que llega á la agonía:
—«¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte!»—
y el cura respondia:
—«Pero pensad en Dios, la hora es sombría;
¡ved que estais en peligro de la muerte!»—
Y enfermo de terror y sentimiento,
su rostro, que tapó con ambas manos,
se cubrió de ese tinte amarillento
que da tanta tristeza en los ancianos.
—«¡Ya veis que sé morir como es debido,
siguió Teodora con siniestra calma.
Decidida á partir, tan solo os pido
que echeis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,
él su memoria, su piedad el cielo;
vos el perdon, la humanidad su olvido;
la tumba su pudor, la muerte un velo.»—

VI.

Pasan despues unos momentos llenos
de calma aterradora,
Y entretanto, ¿qué hacia
en alocada expectacion Teodora?
¿Dormia? No. ¿Velaba? Mucho ménos.
Con las manos el pecho se oprimia
queriendo hacerse el corazon pedazos.

Se incorpora despues, alza los brazos,
estrecha en ilusion alguna cosa
en medio de la fiebre que la abrasa,
y dice con sonrisa voluptuosa
dejándolos caer:—«¡Es él que pasa!»—
Al ver aquel amor inexorable,
á su buen Dios, el cura inconsolable,
la encomienda en sus santas oraciones;
y al oír, espantado,
salir de la culpable
aquella interminable
tempestad gutural de aspiraciones,
una oracion sobre otra lo prodiga,
y exclama el sacerdote horrorizado:
—«¡El ángel llega tarde, y solo espiga
lo que ya Satanás dejó segado.
Y así el buen cura exclama,
porque ya con dolor ha comprendido
que es imposible, á semejante llama,
oponerse á un amante que es querido,
y entregarse á un marido qne no se ama;
y aunque algo tarde, conocer empieza
que es más fuerte el amor que los deberes,
pues rinde de los hombres la firmeza
y hasta el débil poder de las mujeres.

VII.

Llegando al fin de su terrible suerte
la enferma medio muerta tiempo hacia,
despues de un gran silencio en que se oía
muy cercana de allí volar la muerte,
mirando fijamente, sin ver nada,
tiende una mano ardiente y descarnada,
busca con ella al infeliz anciano
que por su dicha ruega,
y el rostro le tocó como una ciega
que tuviese los ojos en la mano.
Se ponen azuladas sus mejillas;
sale un hondo ronquido de su pecho;
el cura la bendice de rodillas;
despues... ¡despues!... era una tumba el lecho!

VIII.

Más muerto que la muerta, el pobre cura,
cuando luego miraba
el alma triste y bella
de aquella esposa fiel, culpable y pura,
flotar sobre una estrella,
—«¡Perdonadla, Dios mio!» —murmuraba.
¿Cómo Dios negaria su indulgencia
á una mártir, que, fiel á otros amores,

á fuerza de sentido y de paciencia
el luto de su hogar cubrió de flores?
Cuando el cura veía
aquella alma flotar sobre una estrella,
y su perdon pedia,
es porque no sabia,
héroe feliz de una tranquila historia,
que cuando muere una mujer como ella,
toca á muerto la tierra, el cielo á gloria!

IX.

Y cuando el cura, de su buen consejo
el término funesto contemplaba,
llorando como un niño el pobre viejo
sobrecogido de terror oraba.
—«¡Yo la maté; yo he sido su asesino!»—
gritaba el infeliz, desesperado,
quejándose de sí como un malvado
que asesina á la vuelta de un camino.
Mas, fiel á su destino,
conociendo despues, más serenado,
que así á volverse loco un hombre empieza,
con honor exclamó:—«¡Fuera flaqueza!»
y valerosamente
reanimando uno á uno sus sentidos,
á brillar comenzó su noble frente
con la luz de los séres elegidos.

—«¡Hago el bien y suceda lo que quiera!»—
dice tranquilo y con la frente erguida.
—«Entre la muerte y la virtud, que muera,
que es el deber primero que la vida!»—
Pasó despues un siglo de un momento;
murmuró otra oracion, y de repente
azotó con los piés el pavimento
y con las manos se azotó la frente:
miró á la muerta con viril firmeza,
y á repetir volvió:—«¡Fuera flaqueza!»—
Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
rendido el cuerpo y destrozada el alma,
despues de un negro batallar tan rudo,
á recoger volvió su santa calma
como recoge el gladiador su escudo.

FIN DE LOS PEQUEÑOS POEMAS.